

# Orden en tiempos paramilitares: Violencia, política y lucro en un barrio del caribe colombiano

LUKAS JARAMILLO-ESCOBAR\*

CON LA COLABORACIÓN DE CRISTINA ARIAS ECHAVARRÍA  
Y DE JUAN DIEGO JARAMILLO MORALES\*\*

Artículo recibido: 09/08/2011

Artículo aprobado: 10/09/2011

Para citar este artículo: Jaramillo-Escobar, Lukas, Arias Echavarría Cristina y Jaramillo Morales, Juan Diego (2011). Orden en tiempos paramilitares: violencia, política y lucro en un barrio del caribe colombiano. *Desafíos* 23-II, pp. 123-147.

## Resumen

*Como muchos otros barrios de Colombia, el barrio Nelson Mandela conformó un orden social en medio del vacío estatal, con unas regulaciones y normatividad creadas y sancionadas por grupos ilegales. Desde el barrio Nelson Mandela, este artículo rastrea actores, agentes y pobladores que explican unas redes y una fenomenología que abarca todo el departamento de Bolívar. La función que cumplió el paramilitarismo en esta región y la génesis de sus actores y apoyos se entienden desde distintas emociones y nociones que se expresan en esta investigación en la relación con las bases: venganza, lealtad, éxito y orden.*

---

\* Director Ejecutivo de la Fundación Casa de las Estrategias, Medellín. Politólogo, Universidad de los Andes y Especialista en Resolución de Conflictos, Universidad de los Andes.

\*\* Asistentes de investigación del proyecto.

*La ausencia de justicia y sus ciclos de violencia y paranoia junto al referente de éxito, en medio de un empobrecimiento cultural, han mostrado en esta investigación que son un factor central que habilita el recurso humano para las mafias. Sin embargo, más importante aún ha sido observar que, en medio de una atormentada idea de orden, desde abajo, existe una capacidad de reproducir estructuras clientelistas que instrumentalizan al actor armado para los asuntos comunitarios.*

**Palabras clave:** *paramilitarismo, barrio Nelson Mandela, orden social, clientelismo.*

## Order in Paramilitary Times: Violence, Politics and Profit in a Neighborhood of the Colombian Caribbean

### Abstract

*like many other regions in Colombia, Nelson Mandela's district has created a new social order in the absence of the state, with its own rules and regulations created and sanctioned by illegal groups. In this context, this article tries to analyze how the networks and phenomenology of the actors, agents and residents of this particular district reflect and unfold the whole department of Bolívar. The role played by paramilitary groups in this region along with the genesis of their combatants and supporters are analyzed through different emotions and basic concepts related with the ideas of revenge, loyalty, success and order.*

*This research shows that the absence of justice, the presence of different cycles of violence and paranoia, along with the permanent referent of success and a local context of cultural impoverishment, are the main factors that explain why part of the population turns into mafias. In the midst of a troubled notion of order, this paper notes that the oppressed and subordinate residents of the district are able to reproduce structures of patronage which manipulate the armed group for community affairs.*

**Key words:** *paramilitary groups, Nelson Mandela district, social order, patronage.*

# Ordem em tempos paramilitares: violência, política e lucro em um bairro do caribe colombiano

## Resumo

*Como muitos outros bairros da Colômbia, o bairro Nelson Mandela conformou uma ordem social no médio do vazio estatal, com uma regulação e normatividade criadas e sancionadas por grupos ilegais. Desde o bairro Nelson Mandela, este artigo rastreia atores, agentes e povoadores que explicam umas redes e uma fenomenologia que abrange todo o departamento de Bolívar. A função que cumpriu o paramilitarismo nesta região e a gênese de seus atores e apoios se entende desde distintas emoções e noções que se expressam nesta pesquisa na relação com as bases: vingança, lealdade, sucesso e ordem.*

*A ausência de justiça e seus ciclos de violência e paranóia junto ao referente de sucesso, no meio de um empobrecimento cultural, têm mostrado nesta pesquisa que são um fator central que habilita o recurso humano para as máfias. No entanto, mais importante ainda tem sido observar que, no meio de uma atormentada ideia de ordem, desde abaixo, existe uma capacidade de reproduzir estruturas clientelistas que instrumentalizam ao ator armado para os assuntos comunitários.*

**Palavras chave:** *paramilitarismo, bairro Nelson Mandela, ordem social, clientelismo.*

## Introducción

La dicotomía entre *paramilitar* y *autodefensa* parecería superada socialmente mucho antes de que la academia la empezara siquiera a plantear. Los académicos llegan tarde a la apreciación valorativa que las comunidades hacen del fenómeno al rebautizarlo “paraco”.

Las ACCU, embrión de las AUC, en ningún relato aparecen creadas para defenderse, sino para vengarse. Sin embargo, la red de las AUC sí incluyó a poderes territoriales estáticos que iban desde campesinos armados y sin pacificar hasta élites locales hegemónicas y monopolizadoras que se reencaucharon políticamente a través del dinamismo paramilitar y que reconstruyeron sus viejas fortunas con el narcotráfico. La gran movilidad de las ACCU y su estructuración castrense se da a partir de los recursos del narcotráfico; su articulación a nuevas redes y avance territorial nace gracias a organizaciones del narcotráfico en la búsqueda de ganar una mejor posición en el negocio.

Una autodefensa hubiera sido anónima, como lo ha sido en Colombia, pero la venganza lo volvió otro fenómeno, la exageró, la hizo ruidosa. El narcotráfico, que le dio el tamaño militar para tener la movilidad paramilitar, lo hizo mutar en su esencia, haciéndolo algo diferente desde el principio y destruyéndolo con un crecimiento desmedido que lo desdibujó: lo que lo hace surgir, desde el principio, lo va precipitando hacia su destrucción, al punto que terminó en una implosión mafiosa y narcotraficante.

En muchas versiones libres se habla de lo atípico del camuflado y en los relatos de los pobladores de Mandela, un barrio a las orillas de Cartagena, sin mar pero con tugurio, se habla de “paraquitos en ropa deportiva”, que no estaban patrullando por las calles, sino metidos en un billar haciendo negocios o yendo y viniendo de algún paraje desconocido, obligados por sus propios asuntos. El acceso del paramilitarismo a las armas fue muy sicarial, las lealtades fueron financiadas a través de economías informales de prestación de servicio como la venta de minutos a celular, el mototaxismo y la prostitución, y la política fue una forma más de corrupción que entró en la agenda de negocios.

A lo que nos referimos con paramilitarismo en Bolívar, así como en Colombia, no es ni paramilitarismo ni autodefensa; por eso se le encontró un nombre deforme como es *paraco*, que sirve para hablar de algo brusco, poco refinado, que se puede temer y que es drástico, pero que también puede pasar, a la usanza colombiana, a diminutivos como *paraquito*, para agarrarlo, para hacerlo de bolsillo, para vincularse y para tener uno para el barrio o uno con el que se tiene *rosca* (influencia, amistad) y de forma atávica, quererlo, como se quiere a una fiera a la que uno mismo alimenta.

## Población

El barrio Nelson Mandela data del año 1994, aunque algunos entrevistados declararon que llegaron al sector, para entonces rural, en 1990. Tiene ahora una población de 39.141 habitantes distribuidos en 6.004 viviendas, donde una buena parte, si no la mayoría, son mestizos, como suelen ser los habitantes de la sabana de Córdoba y Sucre (Secretaría de Planeación Distrital, 2006).

Como muchos otros barrios de esta Colombia accidentada que ha crecido hacia sus orillas, este barrio se conformó por los desplazamientos forzados de finales de los ochenta y principios de los noventa. Todavía hoy el barrio recuerda, con sus baldíos o fincas improductivas y deshabitadas, que las masivas invasiones del terreno se dieron cuando Mandela aún era periferia y un espacio netamente rural, poblado por unos escasos parceleros. La gente llegó a un lugar que estaba desvinculado del proyecto nacional, donde no estaba dispuesta la presencia estatal para dirigir una colonización ni para integrar a los recién llegados a una ciudad.

Los entrevistados, en su mayoría llegados en los primeros desplazamientos, se consideran fundadores y más colonos que desplazados. Se han visto abocados a una época en la que debieron resolver con certeza lo social, mediante la solidaridad ofrecida por los nexos familiares y vecinales, construyendo así unas dinámicas y unas apreciaciones más de pueblo (aldea) que de barrio difuminado en una urbe (ciudad contemporánea), para lo cual, si se entiende como necesario hacerse funcional a través de un actor armado ilegal, se empieza a

pactar decididamente con éste, como única posibilidad adicional a la auto-gestionada hasta el momento (Jaramillo-Escobar, 2008). Así, se crean unos vínculos aparentemente contradictorios con la ciudad que está regulada por el Estado.

Los mandeleros ya habían puesto el caso inicial de un reconocimiento mutuo que parte de cierta cordialidad, producto de momentos que unen por la igualdad de condiciones y la necesidad de cooperación, pero ante la ineficiencia en las especialidades de la fuerza pública para cuidar un territorio inviable y mucho menos hacerse a las condiciones para prestar un servicio de seguridad, se requería de otro tipo de tercero con la fuerza para mantener dichas transacciones.

La historia del barrio Mandela nos muestra que las continuas olas de desplazados, sumados a los constantes recién llegados de otras partes de la ciudad, irían fragmentando la cohesión, haciendo insuficientes los arreglos sobre linderos y complejizando a tal punto la comunidad, como para no lograr ejercer un control social (o mejor comunitario) sobre jóvenes recién llegados que empezaban a robar y a agredir a los vecinos.

Aunque esta agrupación de jóvenes nunca fue acusada por la comunidad de un homicidio, la respuesta que recibió de unos recién llegados de Urabá fue la del homicidio, y para la gente eso instauró el orden. Recordando esta época la gente se refiere a que “si no fuera por ellos el barrio sería como Vietnam, todos matándose y cogiendo lo que no es de ellos.” (EP, 2006).

La gente se enfrentó a un proceso en el que, al final de cuentas, se compra la idea de que el barrio tiene como virtudes la seguridad, que se da gracias a un control efectivo e ineludible. Varios mandeleros señalan las ventajas de haber estado vinculados al mundo “para” con un fatalismo que establece que “qué tal si hubiera descontrol y desorden”, imaginando la ausencia de los “paraquitos” como un caos imposible (Jaramillo-Escobar, 2008). El ajuste psicológico que se hace de lo vivido en Mandela por un poblador promedio es que la “asistencia” paramilitar era lo único que podían recibir; la última solución a un problema de

seguridad existente y el peligro mismo de vivir juntos sin un árbitro, sin nadie que quiera controlar.

Llama la atención la aparente contradicción en los relatos del mandelero, ya que es un buen ejemplo del damnificado y a la vez usuario del paramilitarismo en Colombia, y es también un poblador de orígenes típicamente campesinos, católico y con visiones conservadoras, lo que implica una moral cristiana que todos comprendemos que rechaza el asesinato. Los entrevistados resuelven el dilema, como lo muestra uno de ellos, separando dos repertorios (uno moral y uno pragmático): “a Dios lo que es de Dios, y aquí en la tierra tenemos que ver cómo resolvemos”. Los mandeleros se dividen entre los que creen que las acciones de los paramilitares en el barrio fueron excesivas y los que piensan que fueron ajustadas. Todos concuerdan en que sus errores eran ajenos a ellos mismos, y que podían lograr modular medianamente una autoridad pero nunca anularla o llegar a remplazarla. Lo principal es recordar que antes, en esa comunidad (y en la historia de vida de estos pobladores), no había ningún tipo de armonía social y por lo tanto, tampoco un orden legal o legítimo desde el cual se erigiera una vida en comunidad (Gutiérrez, 1998).

Para evitar cualquier micro-rebeldía frente a los que aplican la violencia sistemática, la gente podría resolver el mundo y su cuadro emocional, diciéndose, con conformismo, que la culminación de la vida es *como* legal y legítima en el barrio, como una costumbre al tipo de sanciones de los que todos terminan siendo parte, no sólo reprimidos y contenidos por esto, sino, más grave aún, imaginando un provecho cuando se sanciona a alguien que causaba problemas “o dañaba el barrio” con la vida (Diario de Campo, 2006). Gutiérrez lo traduce de la siguiente manera: “Fueron sus propios errores, su incapacidad de aprender, los que lo mataron, no hubo ni agente ni víctima” (Gutiérrez, 1998).

“Aquí no es tan injusto como la gente se imagina; yo puedo salir por el barrio a la hora que sea, los paras averiguan bien primero; yo le puedo asegurar, además, que es más fácil que lo atraquen a uno a las tres de la mañana en el centro de Cartagena que acá, esto aquí es sanito” (EP7, 2006). El testimonio de esta pobladora ilustra cómo

se va articulando el orden social al control de este grupúsculo de las AUC, desde la interlocución con el actor que da algunas certidumbres, a la probabilidad de ser victimizado de hurto en un barrio sin paramilitares y de ser asesinado en un barrio con paramilitares.

Otro entrevistado confirma que es una justicia de la que uno se apropia porque se puede hacer algo con ella y cuando se le pregunta por las normas que imponen los *paracos* dice: “¿Cuáles normas *paras*? Si la misma comunidad ha impuesto unas normas.” Profundizando más, me explicó que “la comunidad instauró unas normas de convivencia naturales que es necesario explicar a los nuevos pobladores, pero la mayoría de la gente las sabe de antes.” Concluyó diciendo que “cualquiera sabe que su vida puede peligrar si mata a otra persona o anda de ladrón y que a nadie le gusta que los hijos le crezcan en un sitio de *maribuaneros*” (EP7, 2006).

En otra entrevista, una mujer, dando su punto de vista, decía que “la gente no puede estar inventando acá cuando se refiere la gente como *pobladores armados* o *desarmados*.” El valor analítico de esta pobladora es relevante, ya que se establece que el orden *paraco* es de sentido común y no una invención; por el contrario, es buscar en una tradición, en lógicas morales, y en razones para llegar a regular una población.

En Mandela hubo una época en la que obedecer al *paraco* se parecía bastante a hacer lo que dicta una moral católica y campesina; no hay invención alguna de normatividad; se lucha por el poder pero no por la moral o la doctrina (Jaramillo-Escobar, 2008).

Las exageraciones, en cabeza de los pobladores, versan sobre el poder, la autoridad y el monopolio del actor armado; los límites severos en la forma de hablar, al decidir con quién se habla y en la mirada, como algo importante frente a lo cual autorregularse, son algunos de los comportamientos registrados en el barrio Mandela que muestran las zonas grises entre el trauma de una población y la autoridad ligada a una violencia algo impredecible (Jaramillo-Escobar, 2008). Esto, sumado a que siempre habrá alguien queriendo congraciarse con el actor armado, previniéndolo de un vecino que está inconforme,

vociferando sobre él, hacen del barrio una olla a presión que transforma hábitos y comportamientos en estas personas, creando una victimización continuada y permanente a pesar de que no tenga expresión en el delito o el homicidio y que es difícil de exorcizar con el lenguaje porque no se ha experimentado, la ausencia de este estado de cosas: la libertad.

En Mandela, “las mejores familias”, pagan una cuota mensual de 3.800 pesos, que puede generar incomodidad, pero que también se relaciona con la satisfacción de un servicio prestado y la oportunidad de un cabildeo constante con el actor armado (GF, 14 de octubre de 2006). El agente opresor puede economizar acciones y exposición del poder mediante una concertación parcial que articula a la lealtad, como otro sentimiento primario, al cálculo por el miedo (Jaramillo-Escobar, 2008).

“Cierto es que la génesis de una relación requiere un determinado número de condiciones positivas y negativas, y que la falta de una sola de éstas impide, desde luego, el nacimiento de dicho vínculo. Pero una vez la relación está creada, la falta ulterior de esa condición, sin cuya concurrencia no hubiera nacido, no es siempre causa de su destrucción. (...) La fidelidad, sin sustento material u ocasional, se mantiene como un ahorro de un esfuerzo (...)” (Simmel, 1927). Esto explica por qué las AUC llegaron a un barrio como Mandela con una masacre, continuaron con algunas reuniones, expusieron una vigilancia permanente hasta el punto de reducir sus efectivos de quince a tres, que ni siquiera permanecían en el barrio y aun así, a pesar de los excesos, la gente no se reveló; guarda su alma en la misma dirección en la que una vez se encauzó por una masacre y luego, al mejor estilo del síndrome de Estocolmo, le dio sentido al miedo con un cierto cariño patronal. “La convivencia, codetermina, en cierto modo, los sentimientos que propiamente le corresponden (...)” (–Simmel, 1927), como ocurre en el barrio con alguien que se apropia y ocupa espacios de la cotidianidad como la única autoridad de facto, con una Policía a más de media hora de distancia en carro (para la fecha en que esto sucedía). Este nexo de los mandeleros con las AUC, rastreados en varios relatos, se puede resumir con la idea

de que el amor viene después de la boda ya que, como explica el autor, en la persistencia de la relación se encuentra una correlación emocional (Simmel, 1927).

Mantenerse fiel, por lo tanto, puede significar un intento de contrarrestar la incertidumbre, evitar la pérdida de unos referentes y relaciones en los cuales se invirtió, y una forma lógica de ser parte de una comunidad (Jaramillo-Escobar, 2008). Los mandos medios del paramilitarismo, responsables del control territorial en el día a día y de la interlocución o ejecución de la población de la cual fueron encargados, se encontraron con poblaciones de renegados que han sido excluidos de unas relaciones sociales propias de su zona de origen, para luego ser expuestos a un nuevo orden que les presenta otro tipo de desafíos que, ante el desconsuelo y la frustración, había que convertir de nuevo en oportunidades. Que el mandelero sienta que ya una vez, como desplazado, lo perdió todo (la tierra, los amigos, los vecinos, los familiares y la dignidad: el derecho a pertenecer), significa para el encargado paramilitar una oportunidad de encontrar una población que, sin ninguna resistencia, se precipitará sobre una nueva relación que le otorgaba su autoridad.

“Uno puede ir y decirles con cultura, de buena forma, que de pronto se están equivocando con alguien, o que le disculpen a uno un familiar, que no se vuelve a hacer y entonces ellos miran y las cosas se arreglan porque uno no tiene ningún interés en hacer las cosas como no son, y así se va ganando como que se sepa que uno es decente” (EP4, 2006). Esta entrevista muestra una autoridad artesanal (pero real) que legitima al paramilitarismo desde el interior de la comunidad.

## Operarios

Las entrevistas a dos desmovilizados de mando bajo y uno de mando medio muestran cómo la violencia era apenas uno de los recursos y cómo se sentían acogidos por la comunidad como uno de sus capitales que, junto a las armas, los hacían poderosos. El desmovilizado de rango bajo que operaba en Mandela decía en una entrevista que el comienzo del ordenamiento “para” en el barrio se daba a partir de una reunión de delegados de la población con “los de la vigilancia”, y

que de esa manera se llegaba a algún acuerdo (EDM, 8 de noviembre de 2006); que desde ahí el uso de la violencia fue muy selectivo y no había que estar mostrando las armas, sino que la gente se encargaba de enseñar y “regar el chisme”.

El desmovilizado de mando medio que operó en las inmediaciones del Mercado de Bazurto en Cartagena, explicaba que primero viene una masacre, con la que se busca, además de la eliminación de pobladores indeseables, ser convincentes del poder con el que cuentan, para lo cual hacen uso de su red y a veces de estructuras criminales aledañas para reunir un número significativo de hombres en la acción, que es una vieja estrategia de saturación en la concentración de efectivos en momentos oportunos. Pero más importante aún es que de ahí, explica el entrevistado, lo militar pierde relevancia, con la creación de unos intermediarios, que frecuentemente son denominados *líderes barriales*, que poco a poco van ayudándole a la comunidad a interpretar la violencia intempestiva y le explican quiénes y para qué están entrando al barrio, hasta que se dé una reunión más abierta con los paramilitares. Éstas son las tres fases del preámbulo para penetrar en la cotidianidad y en la moral de los locales (EDB, 8 de noviembre de 2006).

Al preguntar por qué, este desmovilizado explica que los mandos superiores no sólo se muestran satisfechos de que se cumplan los cometidos y se gane un territorio, sino de que lo hagan “sin armar escándalo”. Muestra también que, al tener armas, la gente le permite un acceso y este acceso produce un dinero, “como el de la cerveza del compañero de nosotros que operó en Mandela o el cuidado de una caleta, o mantener cuidada una ruta”, y de ahí se puede comprar armas para lograr un mayor poder, pero también se puede comprar a la gente o darle gusto y ahí vuelve a arrancar el círculo (EDB, 2006). Lo que explica este desmovilizado es que las armas los volvían agentes competidores por el control de una población, y de ahí lograr los favores de la población facilitaba negocios y por lo tanto rentas, al encontrarse bien y cómodamente establecidos sobre un territorio, donde empezaba a estar en la ecuación el mantener a las comunidades cómodas como parte del balance de poder asimilado por algunos de los miembros de las AUC.

Este desmovilizado ponía como ejemplo que descubrió que “había personas respetables de la zona de Bazurto, santandereanos y gente muy respetable, que se sentían incómodas con que anduvieran descamisados los que cargaban el pescado” y que entonces él ordeno que se pusieran la camisa y así fue (EDM, 8 de noviembre 2006). Se justificaba diciendo que lo acusaban de regular la prostitución, pero que era otra gente la que lo hacía y que habían estado calculando y al final decidieron que no era lo de ellos. En la misma línea, un desmovilizado que operaba en Arjona decía que ellos se sentían aliados a todo el pueblo por haber entrado en la época apropiada cuando faltaba poco para sacar a la guerrilla y se pudo aliviar al pueblo de ésta (comerciantes y ganaderos). “Luego entonces había que mirar qué más hacer y nos pusimos a disposición de la gente más distinguida del pueblo y terminamos muy relacionados en política, como si estuviéramos trabajando juntos por el futuro del lugar.” Este desmovilizado, que hablaba en la entrevista como intentando legitimarse y escondiendo cualquier episodio de violencia o autoridad, dijo que “era increíble que la sola presencia de las AUC enderezaba el camino de los pelados, y entonces todos iban muy temprano a su casa, nunca hubo drogadicción y hasta poquito trago tomaban en las festividades. Uno sólo les decía pórtate bien y ellos ya entendían” (EDA, 10 de noviembre de 2006).

El entrevistado que operó en Mandela es concluyente con la invención inercial y desde lo comunitario de lo paramilitar en la cotidianidad cuando dice que ellos no se metían con muchas cosas; que la gente podía tomar sus cervezas, salir y entrar a la hora que quisieran, que con las mujeres no se metían, que a veces se cometían equivocaciones, y entonces se les pedía disculpas, pero que nunca era una directriz. “Sin embargo, la gente nos metía en muchas cosas”, explica, “y nos usaba para amenazarse mutuamente sin saber uno siquiera; se nos acercaban a veces muy disgustados pidiéndonos que pusiéramos orden y a veces se empezaba a sentir el descontento, sobre todo de las mujeres, de que nosotros no hiciéramos nada con tanta rumba y tomadera de trago” (EDM, 8 de noviembre de 2006).

Primero, lo que se va leyendo en los relatos es la falta de doctrina en los mandos medios y bajos, que no podían echar mano de un discurso que avalara un gran proyecto, sino sólo hablar de cometidos y negocios puntuales. Las AUC, como empresa, estaban diseñadas de forma tan jerarquizada que de una parte para abajo estaba dada para que los integrantes no supieran hablar de su organización como algo más grande de lo que experimentaban y para que no entendieran cómo su tarea se conectaba con otras, en forma real o discursiva, ni con lo que pretendía la red o la federación. La frase que mejor explica los vacíos en los relatos de estos tres desmovilizados era la de aquél que operó en Arjona: “yo sólo sabía que los jefes de nosotros habían ordenado que aseguráramos la zona y no había que preguntar más (...) uno va teniendo una gente con la cual hablar y va uno llegando a acuerdos con la gente que está de acuerdo con lo que hacemos en Las Autodefensas” (EDA, 2006).

El desmovilizado de Mandela explica que en el barrio no había guerrilla, que lo que había era muy poca seguridad y una población muy difícil de cuidar. Explica que, como una persona de escasos recursos, desplazada por la violencia, había logrado hacerse a un lote en el barrio luego de que le dieran la orden de “cuidar ahí”, pero que hoy por hoy no puede volver al barrio, “porque esos líderes barriales corruptos que son los que tienen cagado al barrio con sus negocios, lo matan” (EDM, 8 de noviembre de 2006). Hay que recordar, en primer lugar, que esa población campesina tenía una cultura de solución de conflictos en la que los enfrentamientos con machete o arma de fuego eran recurrentes, y que se trata de una población que, aunque con escasez, estaba armada; y en segundo lugar, que en buena parte de la costa atlántica el fenómeno del paramilitarismo se articuló, y sobre todo se profundizó, en lugares donde la existencia de la guerrilla era un mito, o simplemente no era un problema.

Si bien es cierto que en los lugares del país donde surgieron las más tempranas manifestaciones del paramilitarismo, la existencia del EPL y de las FARC fue motivo de indignación de los personajes más influyentes y pudientes de la región, al verse completamente dominados por una especie de monstruo con un discurso marxista

que encontró un terreno fértil, y, como tal, el detonante principal de un fenómeno paramilitar desde un principio legitimado por el pueblo, también lo es que, en algún punto del proceso de incorporación del concepto de *autodefensas* en la vida cotidiana de aquellos que aún no habían sido afectados por la guerrilla, rápidamente dejó de ser tal para convertirse en un monstruo semejante.

Este último planteamiento nos lleva a preguntarnos por la competencia y reclutamiento de las AUC, respecto de lo cual dice el desmovilizado de Arjona: “Nosotros teníamos que incentivar a muchachos que estaban delinquiendo para que enderezaran el camino y se metieran a las Autodefensas (...) A veces agarrábamos y decíamos ‘la misión es darle a alguna cuadrilla que estuviera dedicada al crimen o a cualquier cosa como robo de ganado o apartamentos’, pero para eso no podíamos estar enfrentados con todo el mundo, entonces nos teníamos que aliar con sus enemigos que eran la competencia” (EDA, 10 de noviembre de 2006). El paramilitarismo nos ha dado la ventaja metodológica de entregarnos un rostro que viene acompañado de una propaganda, con lo cual en nuestros imaginarios nos permitimos simplificarlo y ver en él un orden que quizá nunca tuvo; algo no muy distinto ha pasado con el narcotraficante en cuanto a sus grandes jefes y sus carteles, pero se nos han quedado por fuera del mapa las bandas dedicadas a hurtos que, como indicadores, en Colombia no son despreciables, y si hablamos del mercado de autopartes, nos estamos refiriendo a rentas millonarias.

La competencia de las AUC con actores criminales por rentas igualmente criminales, sus alianzas y las bandas como fuente de contratación o reclutamiento, deslegitiman a tal punto el fenómeno que podría invisibilizar sus relaciones comunitarias, sociales y políticas; quizá porque olvidamos una historia del fenómeno de la mafia y su teoría como experiencia mundial, que dicta que la mafia, antes que el paramilitarismo, es por definición una prestadora de seguridad (Gambetta, 1993), mezclando esta actividad con el robo de vehículos y contrabando en zonas sin narcotráfico. En la tesis de Charles Tilly (1990) se señala la semejanza de una mafia con el Estado, gracias a su dinámica de tributación y a su servicio de seguridad, que no es

más que la pulsión comunitaria, que en muchas latitudes y en aras del orden vecinal, clama primero por seguridad que por otros servicios, y además encuentra alguna certidumbre en ganar nexos por medio de la tributación que hace comprensible la obligatoriedad del árbitro.

La gran pregunta después de comprender que las AUC, en ciertos territorios se enfrentaron sólo a delincuentes o a facciones del narcotráfico, es lo que queda herméticamente silenciado en todas las entrevistas realizadas: cómo y por qué se elige controlar un barrio como Mandela. Nos sorprende encontrar a los paramilitares tan afianzados, como si se tratara de un designio estratégico, en un barrio de tugurios de desplazados, pero profundizando un poco más se empiezan a vislumbrar las rentas de los buses, de los carros abastecedores, de las tiendas, el alto consumo de licor en el barrio y los botaderos de escombros y desperdicios químicos. Según los cálculos del desmovilizado que operó en Mandela, un barrio de éstos aporta por rentas (fundamentalmente extorsivas) 100 millones de pesos al mes (EDM, 8 de noviembre de 2006).

Sin embargo, eso no es razón suficiente para que un comandante regional se fije en un barrio, por lo que la única respuesta posible sería la de los cálculos políticos, tal como lo expone Gustavo Duncan (2006); habría que enfocarse en las organizaciones comunitarias penetradas o creadas por paramilitares en el barrio que administraban recursos del Estado o de la ayuda internacional y, por supuesto, mirar la dinámica electoral, pues son muchos los reportes de la comunidad de los paramilitares diciendo por quién votar y políticos regionales entrando al barrio en compañía de ellos.

## **Comandantes**

Entre los primeros en hacerle frente a las ofensivas de las FARC de manera puntual y sistemática, con poco éxito, fueron las llamadas Brigadas Móviles del Ejército, las cuales se crearon en el gobierno de César Gaviria Trujillo. Sin embargo, un tiempo después se ordenó retirar la Brigada Móvil de uno de los territorios más fértiles para la violencia paramilitar en Colombia: los valles de San Jorge y El Sinú, en el departamento de Córdoba. Luego de que fueran retira-

das las tropas, que aunque no habían logrado resolver el problema de fondo lo habían minimizado (al menos en el imaginario de los pobladores, quienes habían sido testigos de la mengua del conflicto gracias a un desplazamiento parcial de los campamentos guerrilleros hacia el Urabá), quedó un gran vacío, y justo en el momento en que la zozobra estaba invadiendo al pueblo de nuevo, ese vacío fue llenado sin problemas por la tropa de Fidel Castaño, conocida como “Los Tangueros”, quienes, hasta entonces y desde finales de los años 80, se enfrentaban a la guerrilla, supuestamente en nombre de la dignidad del gremio ganadero y comerciante de la zona. No tardaron en consolidarse como la única solución posible para los propietarios de las tierras ubicadas sobre el margen izquierdo del río Sinú, pues rápidamente se convirtieron en los únicos proveedores de seguridad en la zona. (Martínez, 2006).

Fue así como surgió una gran ola paramilitar que cobró fuerza y legitimidad al responder a la necesidad básica de los pobladores de la época y ello implicaba, necesariamente, algún tipo de transacción o tributo. En este caso, lo que los pobladores sacrificaron no sólo fueron tierras, ganado y dinero, sino también los valores y la dignidad que equivocadamente sentían que ya habían perdido a manos de la guerrilla. La nueva estructura, desde luego, necesitaría de rentas cada vez más robustas, de una comandancia cada vez más fuerte y de unos territorios cada vez más vulnerables.

Después de analizar las hojas de vida de los comandantes de Ralito y pese a que hay diferencias en los momentos en los que tuvieron contacto con el narcotráfico, en sus orígenes sociales y en sus competencias como negociadores o asesinos, los unía una expectativa de poder traducir su poder económico en poder político como nuevos participantes de un escenario que siempre los hubiera marginado de la competencia.

En varias versiones libres y testimonios autobiográficos del libro titulado “Paracos”, se habla de la urgencia de Ernesto Báez por permitir que amigos, mandos medios y hasta los mismos comandantes, cuando cumplieran su condena, participaran en política (Serrano,

2009). Para un criminal, articulado a un territorio como *señor de la guerra*, hacer política puede ser otra forma de corromper la política más expedita; como explican Krathausen y Sarmiento (1991); en toda actividad mafiosa se requiere de la corrupción del gobierno (o gobiernos en varias latitudes), de la corrupción de empresarios que contribuyan activamente con los insumos y el lavado de activos y de la comunidad, a la que siempre se le termina restando responsabilidad luego de que participó en el encubrimiento de actividades, y cuando los líderes menores, como la primera célula de la política tradicional, los de las juntas de acción comunal y los comunitarios, participaron de rentas tan absurdas como el *loteo* (la actividad de definir los linderos de la población desplazada y respaldar o representar su permanencia y reconocimiento público).

Comoquiera que se entienda la política de los paramilitares (clientelista, autoritaria, legítima, artesanal, por no darse en paralelo sino en vacío, o mecánica, por estar únicamente regida por los fusiles), era necesaria para el poder territorial que alcanzaron, por lo que el mundo paramilitar, invadido de narcotráfico, no se puede entender sólo desde los cálculos económicos sino también desde los políticos.

El célebre criminal alias Don Mario muestra cómo su carrera en esas redes criminales comenzó desde abajo, en una época en que muy pronto, junto a los hermanos Castaño, terminarían expropiando campesinos y robando ganado, sin poderlo sustentar al muy poco tiempo de comenzar, como una acción anti-insurgente. La drástica inmersión en una violencia cruenta y el rápido ascenso de alguien sin capacidad ni futuro, crea un efecto psicológico en los jefes de no tener vuelta atrás. Don Mario cuenta cómo con el primer robo de ganado lograron conseguir cinco millones de pesos, que les permitieron continuar con sus actividades, pero que cuando llegaron al Urabá y se contactaron con los narcotraficantes, la participación se convirtió en tres millones de dólares (Serrano, 2009).

Sin embargo, no solamente el crecimiento exponencial de sus riquezas constituía un motivo para seguir adelante con sus carreras criminales, sino que, al paso que avanzaban en la guerra contra la guerrilla, logra-

ron conocer el sentimiento de una venganza sin límite, que no tenía manera de apaciguarse; por el contrario, mientras más hombres caían de su lado, más debían caer del otro por razones de justicia. Así, se vieron inmersos en una guerra sin fin y sin motivos reales, más allá de la venganza y el orgullo (además de la riqueza proveniente de sus rentas criminales y la que luego vino con el narcotráfico). Esto se hace evidente al analizar de cerca la atrocidad de sus actos; la sevicia con la que se cometieron los crímenes y la simbología en sus ejecuciones (incluso a la población civil) a lo cual acudían como bandera política, ello siendo muestra de un sentimiento de pasión desbordado y desprovisto de razón. Con la venganza como eje central de su ofensiva, los motivos expuestos en sus discursos legitimadores, como la defensa propia y la de sus pueblos o la imposición de un orden justo, pierden terreno y se convierten en excusas para pelear una guerra primitiva y rentable que los llevaba lentamente a la demencia.

Fue únicamente la venganza lo que llevó a que se desatara la primera ola de masacres en el Urabá. Luego de que el EPL torturara, asesinara y enterrara a uno de los hombres más queridos por Fidel Castaño comenzó un duelo doloroso que provocaría las primeras discusiones sobre derechos humanos en el país (Martínez, 2006).

Convencido de lo precario, en tanto dispuesto por las comunidades y poca invención de las AUC, para entender jefes como Ramón Isaza, Salvatore Mancuso y Jorge 40, que tuvieron impacto en las redes desplegadas en el norte de Colombia (la costa caribe), la psicología misma de dichos jefes explica la economía política de estos grupos. Los testimonios de alias Don Mario, que empezó en Antioquia y continuó en Urabá, para luego terminar en los Llanos Orientales, muestra, después de que le ofrecen una fortuna para que entregue sus hombres y territorio a un nuevo jefe denominado alias Arcángel, un eje articulador muy interesante sobre el ego y la autoestima de estos personajes: “Pudo más mi ambición y esa sensación de poder de mando, ya que me había acostumbrado a tener subalternos y que estos me llamaran señor” (Serrano, 2009). Como se puede ver, el señorío en estas organizaciones va más allá del poder fáctico y de las finanzas; llega a darles

sentido a personajes que sólo podían llegar a ser alguien dentro de ese tipo de estructura.

Por su parte, la imagen que Mancuso tiene de sí mismo hace referencia a que en la zona se decía que era un hombre para admirar y seguir, pues había encarado a la guerrilla como ningún ganadero lo había hecho hasta entonces (Martínez, 2006). Mancuso nunca tuvo una posición media en la jerarquía de las AUC; desde el momento en que decidió organizar la primera operación sencilla para capturar, con la ayuda de unos pocos soldados, a tres guerrilleros que lo habían visitado en su finca horas antes, tomó la iniciativa y venció al enemigo. Ese día murieron los tres guerrilleros, y con esto Mancuso comprendió que no podía dar marcha atrás; días después se enfrentó a diez de ellos, de los cuales murieron seis, y con esto se fue ganando el apodo de “Cacique” (Martínez, 2006).

Si bien las intenciones de Mancuso pudieron haber sido vistas por su red de apoyo como buenas, pronto se desbordarían con la idea de que el fin justifica los medios, propiciando la multiplicación del fenómeno más allá de su control, lo que explica la aparición de personajes como Jorge 40, quien fue a visitarlo desde el Cesar para conocer de sus técnicas (Martínez, 2006). Por su parte, el caso de Don Mario habla de un colono plantado en una zona que no es la suya, como se señala en el caso de la aparición del paramilitarismo en la Guajira y en buena parte Bolívar. Más importante aún es que Don Mario, en parte por la desmovilización, muestra cómo mandos medios se pueden apropiar con cierta facilidad de las estructuras restantes, señalando que, pese a la forma organizacional, que crea unas distancias muy grandes entre comandantes y tropas, la distancia real entre el comandante promedio y los mandos inferiores no es de fondo en entrenamiento o ideología, sino en oportunidad y desarrollo de pequeñas habilidades que son más de actitud que de aptitud.

Don Mario explica cómo las labores de la comandancia eran netamente financieras y de corrupción política, lo que en algunas zonas no obligaba más que un mínimo de compostura para tratar con una clase dirigente empobrecida y simplista al estar inserta por completo en el clientelismo. El otro factor común a la comandancia de las AUC

que se puede rastrear en la escueta autobiografía de Don Mario es el carácter netamente rural (cuando no de pequeños municipios) del que provienen los jefes del paramilitarismo; Don Mario, en su relato intimista, separa a los urbanos del resto de las personas, denotando que lo común para él, y de donde se siente parte, es el campesinado (Serrano, 2009).

Los orígenes de Mancuso en relación con el clan Castaño no sólo muestran que algunos participantes de ese proyecto ilegal eran de familias reconocidas en espacios sociales (como podría ser también el caso de Jorge 40), sino que se vislumbra la pugna entre distintas formas de paramilitarismo local como una tensión que él se pudo haber inventado para ganar poder y autonomía dentro de la organización (Martínez, 2006). El paramilitarismo en la costa se articuló a través de una clase alta y semi-rural empobrecida, mientras que en Antioquia su eje de gravedad estuvo impulsado por personajes en ascenso más ligados al mundo de la ilegalidad, como es el caso de Don Berna, quien se desempeñaba en un negocio de autopartes antes de ingresar directamente al crimen.

En todo caso, hay que entender a estos comandantes como unos comandantes de hacienda, más que todo, patronos, dependiendo altamente de la corrupción o la aquiescencia de la fuerza pública que no estuvieron mucho tiempo (y la mayoría) envueltos en una lógica de ejércitos. La desproporción de sus rentas y la tolerancia de los organismos de seguridad en sus territorios los hizo extravagantes *narco*s adictos al alcohol y las drogas, con hábitos excesivos ligados a las fiestas y la prostitución (Serrano, 2009). El caso de Medellín, donde la intensidad de la actividad paramilitar llegó a su culmen en el año 2003, nos señala las posibilidades de las relaciones que pudieron haber tenido personajes locales con el BCB y el Bloque Norte. Un testimonio de un mando medio de las AUC nos habla del poder de Don Berna y alias Macaco sobre Medellín y la frontera inexistente entre el cartel de la droga denominado *La oficina de Envigado* y los respectivos bloques de éstos (Serrano, 2009). Se esclarece entonces como metodología que lo que comprendemos como paramilitarismo era clave para ser el brazo rural, mientras que en la ciudad el mismo

jefe (Don Berna o Macaco) mantenía articulada una red gigante de plazas de vicio y vacunas, que también sirve como caja menor.

Lo cultural, cuando está enmarcado en lo psicológico, es una causa igual de intensa que la de que el sector comercial y de servicios crezca mientras que la industria decrezca<sup>1</sup>, el factor del empobrecimiento del campo<sup>2</sup> y el fenómeno de la descentralización sin Estado<sup>3</sup> (Duncan, 2006). Lo cultural busca su referente en el mundo sustantivo, pero también lo crea y lo ocasiona, construyendo privatizaciones de lo público, como lo señala una tradición que nos lleva al relevo de paramilitares por agentes de los partidos tradicionales en regiones rurales y semi-rurales con cierto grado de aislamiento, donde se configuró una visión de la población, primero, como leal a un partido, y luego, como parte de la ciudadanía<sup>4</sup> (Jaramillo-Escobar, 2008). Valdría la pena, así como el periodismo trabajó las elecciones luego de la presencia paramilitar, con un análisis espacial mínimo, mirar si los lugares donde el paramilitarismo se arraigó fueron o no los mismos

---

<sup>1</sup> Lo que da como resultado unos poderes económicos dispersos, débiles para influir en el escenario electoral, que los industriales del crimen podían influir y que de hecho controlaban, dados los altos márgenes de rentabilidad.

<sup>2</sup> Lo que por su parte debilitó la estructura política, haciendo factible el reemplazo de la élite por unos *señores de la guerra* que podían plantear una organización rentable alrededor de los votos y la coca.

<sup>3</sup> Esto proporcionó la posibilidad de que la política se manejara de manera más autónoma en municipios alejados, sin que el proyecto, los servicios y la institucionalidad del Estado llegaran; todo ello acompañado de unas rentas que servían como botín de guerra para mantener el control sobre territorios a través de una población leal.

<sup>4</sup> En ciertas poblaciones de Colombia, la política ha sido intermediada, desde siempre y hasta ahora, por unos agentes que exigen la identificación con un proyecto personalista (o grupalmente personalista, en tanto que no priman las ideas sino las lealtades); en estas condiciones, los habitantes se han visto convocados a la pertenencia a la comunidad que plantea el papel antagónico de quien no debe ser parte de ella, según los que se imponen en lo local (Uribe; 28). Recordando que, aunque no sea el eje de su tesis, “Gustavo Duncan sostiene que es erróneo deducir la existencia de los actuales señores de la guerra del narcotráfico. En primer lugar, es necesario remontarse a la violencia de los cincuenta, con la proliferación de pájaros, bandoleros y guerrilleros que se independizaron de los partidos. En segundo lugar, a la globalización y sus efectos en el debilitamiento del Estado-Nación y las nuevas oportunidades de lucro en a través de los delitos transnacionales. En tercer lugar, a la descentralización establecida por la Constitución de 1991, que debilitó los controles sobre el uso de las finanzas locales y precipitó nuevas formas de clientelismo local (...)”, Camacho; 2006, p. 410.

donde el gamonalismo apareció en una lógica bipartidista a superar o a sustituir al Estado, haciéndolo primitivo para siempre.

En la región rural de Bolívar podemos apreciar cómo pasamos de un gamonalismo y clientelismo articulado por los partidos tradicionales a una *paracracia* (como la denomina Camacho en 2006), que, en rescate de un estatus que se estaba perdiendo entre el narcotráfico y la afluencia de nuevos ricos y la apertura política descentralizada, reencaucha a una élite en decadencia, o por lo menos reproduce su señorío para un narcotraficante que hubiera logrado la hegemonía sobre un territorio. Con la descentralización y el narcotráfico se formaron poderes bastante dinámicos y autónomos en el campo que lograron una penetración en las ciudades a partir de una red mafiosa, la cual se fortaleció a partir de la debilidad del Estado (Camacho, 2006).

Los agentes del paramilitarismo son producto de las historias de sus familias y de sus municipios, para luego verse moldeados por una trayectoria criminal que tiene una gran fuerza inercial y que crea un impacto fugaz, pero a veces crónico en la historia de sus territorios (Camacho, 2006). “Con el paramilitarismo pudimos ver de aquellos que podían elegir, seguir en su territorio o buscar al Estado en las ciudades del país o del mundo, un esfuerzo para quedarse que al parecer ellos entienden como patriótico y que tiene que ver, para lo cual habría que detallar cada historia, con un esfuerzo (que nadie puede desconocer) por evitar que las condiciones sociales de su región sufrieran una fractura tal que dañara una jerarquía donde ellos tenían preeminencia” (Jaramillo-Escobar, 2008).

Así como el Estado señalado por Tilly (1990) no fue ideado ni previsto por nadie y los jefes paramilitares pretendían mantener un estado de cosas que iba desde un oficio que les daba un lugar en el mundo hasta un estatus que les proporcionaba todo el sentido y avanzar en aumentar sus rentas y control en un afán frenético por asegurar la supervivencia en un escenario en el que es muy costoso, el proyecto paramilitar redundaba en una temprana y rudimentaria formación del Estado (en unos casos). Con la parábola de las AUC, nuestra exigencia a los vacíos del Estado tiene que ir más allá de las transacciones y

preguntarse por nuestra clase dirigente, los liderazgos locales y nuestra cultura política.

El fenómeno míticamente fundado por los Castaño (en tanto articulación y simbología) y materializado en el norte de Colombia por Mancuso, Jorge 40, Cadena y otros con menos visibilidad o poder, se viabiliza en lo útil como necesario y la arbitrariedad como justicia dentro del cansancio y el afán de respuestas. Nuestro trabajo de campo se concentra, no en los patrocinadores y legitimadores del paramilitarismo, sino en la clientela, fuente de reclutamiento, de apoyo técnico, logístico y gran botín político sin el cual no se hubiera podido dar una corrupción del tipo que permite un control territorial a un ejército financiado por el narcotráfico.

## Conclusión

No nos hemos querido acercar al poblador en Mandela como a una simple víctima despojada de cualquier cualidad, agenda y método para consolidar un mejor lugar en su condición de dominado, pero tampoco nos podemos olvidar de que la materia prima del artificio de representación paramilitar fue una víctima, y aquí no importa la identidad o la ideología, sino la mínima pertenencia para sobrevivir y la cultura política que dicta no querer volver a verse vulnerado por un actor armado. La lealtad con la que contó el paramilitarismo en una capa social se alimentó de una codicia insana y en la base de la sicosis de un individuo, que como menciona Ignatieff, tiene arruinado “el sistema capilar de las relaciones sociales en el que se basa el sistema de derechos de cada individuo (...) despojada de su identidad social y del entorno moral (...)” (Ignatieff, 1906).

La persona promedio de Mandela tolera el homicidio y allí se ven excesos como los del poblador que guarda silencio y pacta la muerte del amigo, más que con conformismo, con desesperanza. En otras latitudes, igualmente iliberales y bastante autocráticas, eran aún vigentes unos límites morales seguramente más marcados respecto a la violencia. En aquellos lugares se han venido perdiendo estos límites a fuerza de traumas y dolor, cuando una cultura machista se afianza y se aferra con la anestesia al alma de la violencia sistemáticamente

presentada como respuesta y autoridad, permitiendo que se comprenda la guerra y la política como un asunto de hombres que tienen “su derecho” de acceder a la violencia (hipótesis con base en GF, 14 de octubre de 2006).

“Lo *paraco* ha sido el más lamentable monumento vivo, y de muerte, a nuestros (anti)valores políticos y nuestra (in)capacidad como sociedad de resolver nuestros conflictos y tramitar las más profundas ambiciones” (Jaramillo-Escobar, 2008). En Bolívar resalta que una ubicación estratégica para el negocio del narcotráfico nos describe la profunda relación de lo internacional con lo local (al punto de veredas y territorios desconectados del resto del país), señalando un salto al vacío postmoderno de transitar la internacionalización sin ni siquiera saborear lo nacional (como sucede también con las redes que se crean a partir del turismo). El ejercicio de los paramilitares, como seguirá siendo con otros narcotraficantes, será mantener aisladas y segregadas algunas comunidades que usen como retaguardia y desde ahí, conectarse con redes internacionales del crimen, evadiendo la costosa bisagra de lo nacional, donde aún se condensa la ley. Por lo tanto Bolívar, como Colombia, se puede equivocar significativamente en concentrar su lucha contra el narcotráfico cuando está llamada a concentrarla contra la mafia.

## Bibliografía

- Camacho, Álvaro (2006). De narcos, paracracias y mafias. En la encrucijada. Francisco Leal Buitrago (Compilador). Bogotá: Editorial Norma-CESO.
- Duncan, Gustavo (2006). Los Señores de la Guerra. Bogotá: Planeta & Fundación Seguridad & Democracia.
- Gambetta, Diego (1993). La mafia siciliana: Harvard University Press: Cambridge.
- Gutiérrez, Francisco (1998). Ciudadanos en armas. En Arocha, Jaime; Cubides Fernando; Jimeno Myriam (eds.). Las violencias inclusión creciente. Bogotá: CES, Universidad Nacional.
- Ignatieff, Michael (2004). El mal menor. Ética política en una era de terror. Colombia: Taurus(2005).

- Jaramillo-Escobar, Lukas (2008). *Cultura política en tiempos paramilitares*. Bogotá: Grupo Método.
- Krauthausen, Ciro y Sarmiento, Luis Fernando (1991). *Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro*. Bogotá: IEPRI-Universidad Nacional y Tercer Mundo Editores.
- Martínez, Glenda (2006). *Salvatore Mancuso su vida*. Bogotá: Editorial Norma.
- Secretaría de Planeación Distrital– Cartagena (Mayo 10 de 2006). *Sistemas de Información-Sisbén*. Obtenido el 14 de octubre de 2006 vía e-mail.
- Serrano, Alfredo (2009). *Paracos*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Simmel, Georg (1927). *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*. España: Revista de Occidente (1977).
- Tilly, Charles (1990). *Coerción, capital y los Estados europeos, 990 – 1990*. España: Alianza Editorial (1992).
- Uribe de Hincapié, María Teresa (2001). *Nación, Ciudadano y Soberano*. Corporación Región: Medellín.

### *Otras fuentes*

- Entrevista a desmovilizado que operó dentro del barrio Mandela, 8 de noviembre de 2006. (EDM).
- Entrevista a desmovilizado que operó en Arjona, 10 de noviembre de 2006. (EDA).
- Entrevista a desmovilizado que operó en las inmediaciones del mercado de Bazurto, 8 de noviembre de 2006. (EDB).
- Entrevistas a pobladores del barrio, 2006. (EP).
- Grupo focal con ocho mandeleras en las instalaciones de la Universidad Tecnológica de Bolívar, 14 de octubre de 2006. (GF).